



MATERNIDAD CANARIA, 1957

**Texto:**

*Miguel Sánchez García.*

## MATERNIDAD CANARIA

*Miguel Sánchez García.*

Vicente, Tente para sus paisanos, se sentó frente a él, relajó sus músculos y cerró los ojos. Le gustaba ir a es hora, en la que apenas había nadie. Subía sigiloso las escaleras y se acercaba bajando la cabeza, como si se dispusiese a orar. Juntó sus manos y pudo percibir la aspereza de su piel, curtida por la dureza de los fardos, de la caga que día tras día llevaba de un lado para otro a cambio de unas pocas monedas: “Tente, gracias. De nada, señora... Tente ven aquí. Tente ven allá...” Era el muchacho de los recados, el hombrecito de la compra en la Recova, el hombre de nadie y de todos.

Peco a poco iban apareciendo los colores de las dos mariposas, cálidos en una, serenos en otra. Y se acordaba de las palabras de su abuela. “Tu madre, Tente, era buena. ¡Qué pena que Dios se la llevara!”... Y Dios se había llevado a su abuela dejándolo con el cariño seco de un tío. “Tu madre, Tente, era guapa. ¡Qué pena que ese hombre...!” Le decían las mujeres en la calle... Y ni una mala foto que ver. “Tu medre, Tente... ¡Hembra bien plantá!” le relataban algunos hombre con la voz trabada por el ron. Y él se ruborizaba, poniendo cara de bobo.

En vano había pedido, había buscado el rostro de su progenitora. Sólo una tumba en la que compartían sepultura sus abuelos maternos y ella, la deseada, la hermosa, la buena. “El cementerio es frío, incluso las flores no tienen el mismo color... A mi madre no la puedo hallar aquí” repitió más de una vez para sus adentros. Y día tras día, noche tras noche, dibujaba en el aire el rostro de la mujer que lo había parido, cincelaba las facciones que creía se asemejaban más a sus cualidades. Ya

no maldecía al hombre que se la había quitado, que le había dejado doblemente huérfano, sin madre y sin rostro, y que había muerto tiempo atrás en un penal de la península. Simplemente se había propuesto borrarlo, como se olvida un mal día. Quería dedicar sus pensamientos a ella, a lo bueno que hay en la vida, a la madre. A veces quedaba lelo, ido, buscando sinónimos para ese ser que lo envolvía: dulce, tibio, terso, suave mullido, bello, limpio...

Recordó el primer día que se acercó a ella. Como en las grandes cosas de este mundo, prestó ayuda el azar. Ella ya llevaba tiempo esperándolo, pero él no lo sabía. Y un día entró. Fue a llevar un recado y se quedó allí, mirando. Una imagen le llevó a otra imagen, un cuadro a otro cuadro... hasta que la vio. Se quedó quieto, relajado, con la mirada fija, como si una voz la llamase, lo sacara de la sociedad de la vida y lo arrullara con una hermosa nana. Pasó las horas mirándolo, hasta que el museo cerró. Y volvió al siguiente día, ya la otro. Volvía ya siempre para hablar con ella, su madre, la madre de todos. Le contaba sus cosas: hoy he trabajado mucho, hoy he sacado un dinerillo de más, hoy en la calle no hay quien se mueva de tanta gente... Y ella le escuchaba, con sus manos grandes, amorosas; con sus labios prominentes; con sus ojos tristes, melancólicos, hermosos; con su pañuelo en la cabeza, como el que llevaba su abuela; con su vestido de colores cálidos y serenos perfectamente conjuntados... incluso estaban las gallinas con las que solía jugar de pequeño. Y también estaba él, primorosamente cogido, envuelto en una mantilla azul como el cielo en que de seguro debía estar aguardándole.

Vicente, Tente para sus paisanos, abrió los ojos. Su rostro reflejaba serenidad, Había recorrido con su mente un cuadro que se sabía de memoria, que se había recreado mil y un vez. Era la ventana que el pintor había dejado abierta para que ella y él pudieran versa, contarse sus

cosas. Y le dio las gracias en silencio por ello, como hacía siempre. El hombre que la había pintado, Antonio Padrón, le había quitado de huérfano, le había devuelto a su madre. Y se lo agradecía a su manera: entrado y saliendo con respeto de su casa, la suya.

Bajó las escaleras y salió a la calle. El sol lucía en lo alto. Bullía el gentío. Con paso presuroso enfiló a la Recova. “Hasta mañana, mamá” musitó, “Hasta mañana”

Miguel Sánchez García.